Alva y el cascabel en la nieve



Mamá y papá

Este libro pertenece a

_____

¡Bienvenido a este libro de ejemplo! Está hecho exactamente como será el tuyo, con las fotos y las elecciones que se muestran al lado, y enseña cómo puede ser un cuento de Saga para ti. Pasa las páginas, lee e imagina a tu peque como el héroe de su propio cuento.

Era la noche antes de Nochebuena. Dentro de la casa olía a galletas de jengibre, bollitos de azafrán y ramas de abeto. Alva acababa de poner el último bastón de caramelo en el plato cuando algo tintineó junto a la ventana. Clin, clin, clin.

En la nieve había una pequeña cría de reno. Tenía alas, dobladas como dos suaves capas a lo largo del lomo, y un cascabel plateado al cuello. Miró a Alva, miró al cielo y luego pateó con una pezuñita. Entre las nubes, unos puntitos oscuros se alejaban deslizándose ante la luna. La cría de reno intentó desplegar las alas, pero volvió a plegarlas. Entonces Alva corrió hacia el recibidor.





Alva se puso el gorro, los guantes y las botas tan deprisa que uno de los guantes quedó del revés. —Así está bien —dijo. Por la puerta abierta se coló aire frío con olor a nieve.

La cría de reno ya había encontrado una hilera de pequeñas huellas de pezuñas. Estaban sobre la nieve en polvo y señalaban hacia el bosque de abetos. Alva se agachó junto a ellas.

—Seguiremos al rebaño —dijo—. Un paso cada vez.

Lo pensó un momento y añadió:

—Uno entre los abetos.

La cría de reno dio un paso con cuidado. El cascabel respondió: clin. Alva dio otro y, juntas, siguieron las huellas hacia los árboles oscuros.

En el bosque de abetos reinaba ese silencio que trae la nieve. Las ramas colgaban blancas y redondas, y de vez en cuando caía un montón de nieve con un pequeño plof. Alva vio primero las huellas de pezuñas: dos marquitas, y luego dos más. Las siguió con atención, como cuando buscaba rastros de animales después de una nevada.

La cría de reno se apresuró tres pasos, pero una rama baja se enganchó en una de sus alas. Dio un tirón y se quedó quieta.

—Espera, ya lo veo —dijo Alva.

Apartó la rama con cuidado.

—Uno entre los abetos —le recordó.

La cría de reno siguió adelante. Entre los troncos se abría un gran campo blanco y, muy a lo lejos, se oyó un profundo bummm.





Detrás del último abeto estaba el lago, helado y brillante bajo la nieve. Muy en lo hondo, el hielo cantaba: bummm, bummm, como un tambor gigantesco bajo tierra. Las orejas de la cría de reno se fueron cada una a un lado.

Pero las huellas del rebaño centelleaban sobre el lago. Ya no eran marcas normales. Brillaban de color blanco plateado y unían las orillas como un estrecho puente de invierno. Alva puso la bota sobre la primera huella reluciente.

—Uno entre los abetos —dijo.

Entonces vio la siguiente parte del camino.

—Y uno sobre el hielo.

La cría de reno se quedó quieta un instante. Entonces el cascabel hizo clin, y puso su pequeña pezuña junto a la de Alva.

En medio del lago, el hielo volvió a cantar, esta vez más largo: bummm-bummm-bummm. La cría de reno dio un saltito. El cascabel repiqueteó tan deprisa que Alva casi perdió la cuenta de los pasos.

—El lago es muy bueno con los graves —dijo—. Pero necesita ayuda con lo demás.

Alva tarareó una pequeña melodía de un villancico, suave y un poquito desafinada. La cría de reno escuchó. Después puso las pezuñas en las huellas relucientes, una tras otra. Uno entre los abetos, uno sobre el hielo. En la otra orilla esperaban pequeños puntitos dorados en la oscuridad. Alva entrecerró los ojos.

—¡Farolitos de nieve! —dijo, y aceleró el paso.





Los farolitos de nieve formaban una fila torcida, redondos como bollitos de nieve. En cada farol temblaba una pequeña luz. Olía un poquito a cera caliente, aunque la noche era fría y clara.

Entre los faroles, Alva encontró más huellas de pezuñas. Una había pasado justo junto a su vieja pista de trineo.

—Estuvieron aquí —dijo.

Miró hacia arriba. Sobre los faroles se alzaba la alta colina, blanca contra el cielo.

—Uno entre los abetos, uno sobre el hielo, uno junto a los faroles.

La cría de reno estiró el cuello hacia la cima, pero el rebaño no se veía. Solo el viento se movía allí arriba. Alva empezó a caminar hacia la cuesta.

La colina parecía el doble de alta cuando Alva se plantó a sus pies. Allí solía montar en trineo hasta que se le ponían las mejillas rojas y los guantes pesados de nieve. Bajar era rápido. Subir era, sobre todo, resoplar.

—Demos pasos pequeños —dijo.

La cría de reno intentó trepar, resbaló hacia atrás y de pronto se sentó en mitad de la nieve. Las alas le quedaron torcidas. Alva apretó los labios para no soltar una risita, pero los hombros le temblaron de todos modos. La cría de reno le lanzó una mirada muy enfadada.

—Perdón —dijo Alva, tendiéndole la mano—. Uno entre los abetos, uno sobre el hielo, uno junto a los faroles, uno cuesta arriba.

Un paso más. Y luego otro.





A mitad de camino, el viento rodeó la colina. Barrió nieve sobre su senda. Primero las huellas de la cría de reno se volvieron poco profundas. Después, las huellas de las botas de Alva se llenaron de nuevo, hasta que solo fueron blandos hoyitos que desaparecían mientras ella los miraba.

—Hay que darse un poco de prisa —dijo Alva.

Dio dos pasos. La cría de reno dio uno. Ella dio otros dos, y la pequeña la siguió con el cascabel silencioso contra el pecho. Detrás de ellas estaban los abetos, el hielo y los faroles, pero el viento lo borraba todo. Alva dijo el camino en voz alta, como si las palabras pudieran conservarlo:

—Uno entre los abetos, uno sobre el hielo, uno junto a los faroles, uno cuesta arriba.

La cima ya estaba cerca. Pero ¿seguiría allí el rebaño?

En la cima no había árboles, solo cielo, viento y nieve que corría hacia los lados. Alva se volvió. Allí debería haber estado su camino. Pero no había huellas, ni una sola.

—Ahora puedes volar —dijo, señalando hacia arriba.

La cría de reno abrió las alas. Se agachó, tomó impulso con las pezuñas delanteras y se detuvo. El cascabel colgaba sin hacer ruido.

—¡Vuela! —dijo Alva otra vez, más alto esta vez.

Pero la cría plegó las alas y se acurrucó, pequeña como un guante perdido. Sobre ellas, el rebaño seguía deslizándose hacia el borde de las nubes. Alva apretó fuerte su guante. ¿Qué tenía aquella cría que el rebaño pudiera oír?





El viento tiraba del gorro de Alva. Ella lo sujetó con una mano y miró la otra. Justo bajo la barbilla de la cría de reno estaba el cascabel, brillante a pesar de la nieve. Alva recordó el tintineo junto a la ventana. Recordó cómo se había oído entre los abetos.

—Puede que no nos vean —dijo—. Pero quizá nos oigan.

Tomó el cascabel con cuidado y lo hizo sonar: clin, clin, clin. Tres sonidos claros. Al principio solo respondió el viento. Alva volvió a hacerlo sonar, con más fuerza. Clin, clin, clin. Entonces un puntito oscuro se detuvo sobre el borde de las nubes. Después llegó una respuesta, fina pero clara: clin-clin-clin.

Las orejas de la cría de reno se alzaron de golpe. En el cielo, los pequeños puntitos dieron la vuelta. Más cascabeles tintinearon entre las nubes, como si las estrellas sacudieran bolsillos llenos de plata.

Alva miró la pista de trineo. Bajaba suavemente desde la cima, lisa por tantas bajadas y lo bastante ancha para dos.

—No tienes que empezar recto hacia arriba —dijo—. Cuando bajo por aquí, primero me inclino hacia delante y luego sale solo.

Puso los pies al borde.

—Uno entre los abetos, uno sobre el hielo, uno junto a los faroles, uno cuesta arriba...

La cría de reno dio un paso adelante. Alva sonrió.

—... y uno cuesta abajo.





Alva corrió. Corrió como cuando el trineo ya ha empezado a deslizarse y hay que alcanzarlo antes de que desaparezca. La nieve se arremolinaba alrededor de sus botas. La cría de reno corría a su lado, al principio rígida y luego cada vez más deprisa.

—¡Uno cuesta abajo! —gritó Alva.

La cría estiró las alas. Dio un salto. Luego otro. Al tercer salto, las pezuñas casi no tocaron la nieve. El cascabel cantó con tanta claridad que Alva se rio en medio de sus resoplidos. La cría de reno se elevó por encima del borde nevado y subió al cielo que empezaba a clarear. El rebaño vino a su encuentro, tintineando y brillando, y la pequeña cría voló directa hasta reunirse con ellos.

La mañana de Nochebuena, la casa estaba tranquila otra vez. Olía a café, a galletas de jengibre y al pequeño abeto de la esquina. Sobre la mesa estaban los bollitos de azafrán bajo un paño a rayas. Alva se acercó a la ventana.

En la nieve nueva había una hilera de pequeñas huellas de pezuñas, hasta la casa y de vuelta. En la punta del abeto colgaba un pequeño cascabel plateado de una cinta rojo oscuro. Alva se puso de puntillas y le dio un suave empujoncito.

—Clin, clin, clin —dijo.

Muy por encima del tejado se veía un pequeño rebaño en el cielo invernal de color rosa. Alva hizo sonar el cascabel una vez más.



Alva y el cascabel en la nieve

La noche antes de Nochebuena, una pequeña cría de reno voladora aterriza fuera de la ventana de Alva, lejos de su rebaño. Alva sigue unas huellas por la nieve, sobre el hielo que canta y cuesta arriba por su propia pista de trineo, donde un pequeño cascabel debe oírse hasta el cielo.

es-es.sagatilldig.se